

Nº 37. Marzo de 2010. Edita: PARROQUIA DE
SANTIAGO EL MAYOR DE TOTANA



TRIDUO PASCUAL JUEVES SANTO: LA CENA DEL SEÑOR

El Triduo Pascual está formado por el Viernes, Sábado y Domingo de Resurrección, los tres días de la muerte, sepultura y Resurrección de Jesús; son el centro del año cristiano.

El Jueves Santo celebramos la última cena de Jesús con sus discípulos antes de comenzar su Pasión.

Esta Misa nos introduce en la celebración máxima de la Iglesia, el Triduo Pascual. En ella actualizamos de la institución de la Eucaristía y del Sacramento del Sacerdocio. Es también el día del Amor Fraterno.

El lavatorio de los pies nos recordará la actitud de Jesús con sus discípulos “ Si yo, vuestro Maestro y Señor, os he lavado los pies, cuánto más vosotros debéis lavaros los pies unos a otros” (cf. Jn 13,14).

Después de la Cena, Jesús fue al Huerto de los Olivos, para que Judas lo entregase y comenzar así su sacrificio.

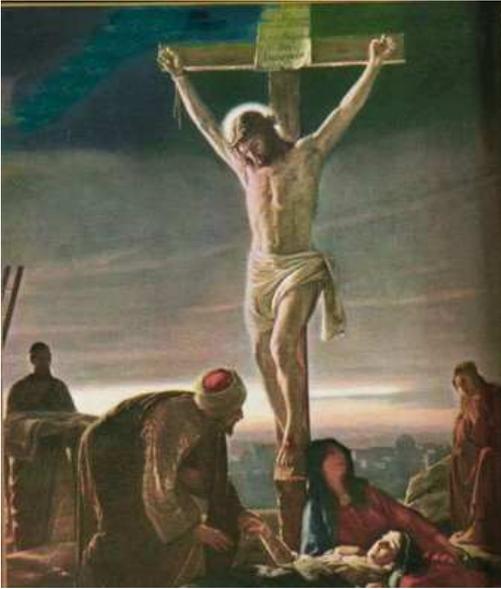
Antes de morir reza y somete su voluntad a la del Padre. Nosotros, después de esta Cena, llevamos hasta el Monumento, la Eucaristía. Este Cuerpo de Cristo que ahora reservamos nos manifiesta su amor y su voluntad de permanecer siempre con nosotros.

Unámonos a Jesús en la oración, es el mismo Jesús quien nos dice: “Levantaos y orad para no caer en la tentación”.

¿Podemos nosotros orar junto a Él al menos una hora?.



VIERNES SANTO LA MUERTE DEL SEÑOR



El Viernes Santo es el primer día del Triduo Pascual. Contemplamos a Cristo que, con su muerte, inaugura la Pascua venciendo la muerte de toda la humanidad.

Escucharemos, con atención, la lectura de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan, adoraremos la Cruz con un gesto lleno de amor para manifestar nuestro agradecimiento a Jesucristo que por nosotros derramó su sangre en la cruz: “Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo”.

Tras la muerte de Jesús, todo queda en silencio. El Sábado Santo es día de esperanza, donde los cristianos aguardamos junto al sepulcro, la Resurrección de Jesús.

El Sábado Santo es un día de luto inmenso, de silencio y de espera vigilante de la Resurrección.

La Iglesia recuerda el dolor, la valentía y la esperanza de la Virgen María. Ella representa la angustia de una madre que tiene en sus brazos a su hijo muerto, la que conserva en su corazón las palabras de Simeón: “... y a ti, una espada te atravesará el alma”.

María esperó hasta el tercer día ...

.....
Jesucristo, que viendo tu ejemplo de dinamismo, entusiasmo y deseos de cambiar el mundo, no me quede con los brazos cruzados, sino que siga tu ejemplo y me lance con intrepidez a hacerte reinar en los corazones de mis hermanos los hombres.

Necesitamos, como Cristo, no tener otro alimento que la voluntad del Padre. Alimentar nuestra psicología, criteriología, nuestro mundo afectivo y sentimental, nuestra voluntad con la riqueza, el esplendor y la envidia del Plan de Dios.

LA VIGILIA PASCUAL DOMINGO DE RESURRECCIÓN



Esta celebración pone fin al Triduo Pascual e inaugura la cincuentena de pascua, que se prolongara hasta la solemnidad de Pentecostés.

Es una noche de vela en honor del Señor (Ex. 12,42). Los fieles, tal como lo recomienda el Evangelio (Lc 12,35-36), “Deben asemejarse a los criados que, con las lámparas encendidas en sus manos, esperan el retorno de su Señor”.

Es la noche de la Pascua, del “paso” de la oscuridad a la luz, de la muerte a la vida.

Es una noche diferente a cualquier noche del año donde comenzaremos nuestra celebración en la oscuridad del templo, donde será bendecido el fuego, el Cirio Pascual que representa a Cristo Resucitado, Luz del Mundo. Es la noche donde se anunciará a toda la humanidad a través del Pregón Pascual la Victoria de Cristo sobre la muerte, noche “verdaderamente dichosa”, en la que el Señor resucita de la muerte y de la oscuridad de la tumba a la gloria de su vida eterna.

Día de la esperanza universal, el día en que en torno al resucitado, se unen y asocian todos los sufrimientos humanos, las desilusiones, las humillaciones, las cruces, la dignidad humana violada, la vida humana no respetada.

El hombre no puede perder jamás la esperanza en la victoria del bien sobre el mal. Por esta razón los cristianos celebramos al Señor Resucitado.

<Pero no fue suficiente abrir la puerta de la tumba; allí dentro no estaba el cuerpo de Jesús. No es suficiente ir a la tumba, ni siquiera entrar en ella. La tumba es el lugar de la muerte y Jesús ya no tiene sitio en ella. Dios no es un Dios que se tumba viendo el discurrir de los días de los seres humanos como si fuese un turista. Dios dejó la muerte para estar en medio de nuestra vida.>

